

DINA NAYERI

**LEJOS DE
NUESTRA
TIERRA**

Traducción del inglés
de Lola Diez

alevosía 

*A Philip y a Baba Hayyi,
a quienes habría deseado ver juntos
en la misma habitación*

Primera parte

EL HILO INVISIBLE



*Tus recuerdos y los míos llegan más lejos
que el camino que se abre ante nosotros.*

Los Beatles

Prólogo

Pueblo de Cheshmeh
(provincia de Gilán), en Irán.
Verano de 1981

Esto es la suma de todo lo que Saba Hafezi recuerda del día en que su madre y su hermana gemela se marcharon para siempre, puede que a Estados Unidos, puede que a algún otro lugar todavía más lejano e inalcanzable. Si le pides que haga memoria irá juntando todas las piezas como una maraña de recuerdos dentro de otros recuerdos, dos agradables días en Gilán arrancados de la secuencia, suspendidos en algún punto de su decimoprimer verano, y vueltos a componer como sigue:

—¿Dónde está Mahtab? —pregunta Saba una vez más, y se revuelve en el asiento de atrás del coche. Su padre va conduciendo, mientras en el asiento de al lado su madre busca en su bolso los pasaportes y los billetes de avión y todos los papeles que hacen falta para poder salir de Irán. Saba está mareada. No ha parado de dolerle la cabeza desde aquella noche de la playa, pero no se acuerda de casi nada. No sabe más que una cosa: que su hermana gemela, Mahtab, no está con ellos. ¿Dónde se ha metido? ¿Por qué no está en el coche cuando están a punto de marcharse para no volver?

—¿Tienes los certificados de nacimiento? —pregunta su padre. Lo dice en un tono seco y apresurado que hace que a Saba le falte el aire. *¿Qué está ocurriendo?* Nunca ha estado tanto tiempo separada de Mahtab: en estos once años, las gemelas Hafezi han sido un solo ser. No había Saba sin Mahtab. Pero ahora han pasado días... ¿o son semanas? Saba ha estado enferma en la cama y no es capaz de recordarlo. No le han dejado hablar con su hermana, y

ahora la familia va en un coche camino del aeropuerto sin Mahtab.
¿Qué está ocurriendo?

—Cuando lleguéis a California —le dice su padre a su madre— os vais derechas a casa de Behruz. Y luego me llamáis. Yo os mandaré dinero.

—¿Dónde está Mahtab? —pregunta otra vez Saba—. ¿Por qué no está aquí Mahtab?

—La recogeremos allí —dice su madre—. La va a traer en coche Khanom Basir.

—¿Por qué? —pregunta Saba. Le da al botón de *stop* de sus walkam. Todo esto resulta demasiado desconcertante.

—¡Ay, Saba, para ya! —le espeta su madre, y se vuelve otra vez hacia su padre. ¿Lleva su madre un velo verde? Hay una zona oscura en esta parte del recuerdo, pero Saba se acuerda de un velo verde. Su madre continúa—: ¿Y los controles de seguridad? ¿Qué les digo yo a los *pasdares*?

La mera mención de la policía moral asusta a Saba, porque en Irán desde hace dos años es delito ser cristiano converso (o exmulsmán del tipo que sea) como los Hafezi. Y resulta tremendo ser un delincuente en un mundo de brutales *pasdares* con sus crudos uniformes y mulás con sus túnicas y sus turbantes.

—¿Allí habrá *pasdares*? —pregunta con voz temblorosa.

—Calla ya, Saba yan —le dice su madre—. Tú sigue con tu música, que no nos la podemos llevar.

Saba canta una canción estadounidense que Mahtab y ella aprendieron de una casete importada de contrabando, y repasa mentalmente sus listas de palabras en inglés. Va a ser valiente. Va a aprender bien el inglés y no va a tener miedo. *Abalone, Abattoir, Abbreviate.*¹

Su padre se frota la frente.

—¿Estás segura de que esto es necesario?

—¡Ya lo hemos hablado, Ehsan! —replica su madre—. No pienso dejar que se críe aquí... perdiendo el tiempo con los niños del

¹ «Oreja de mar. Matadero. Abreviar.» (*N. de la T.*)

pueblo, metida debajo de un velo aprendiendo el árabe de memoria y esperando a que vengan a detenerla. No, gracias.

—Ya sé que es importante —dice su padre en tono de súplica—, pero tampoco hace falta dar el espectáculo. Qué tiene de malo que *digamos* que... O sea... Tampoco es tan difícil de ocultar.

—No, si eres un cobarde —susurra su madre, y se pone a llorar—. ¿Qué pasa con lo que ocurrió...? —dice—. Me detendrán.

Saba se pregunta qué ha querido decir.

—¿Qué significa *abalone*? —está intentando distraer a su madre, que no le responde. A Saba le dan miedo las discusiones, pero ahora hay cosas más importantes de las que preocuparse. Le da a su padre unos toquecitos en el hombro—: ¿Por qué a Mahtab la va a traer Khanom Basir, y no nosotros? Tenemos sitio en el coche.

Resulta raro que la madre de Reza vaya a conducir. Pero igual eso significa que Reza viene también, y Saba le quiere casi tanto como a Mahtab. De hecho, a cualquiera que le pregunte le cuenta encantada que algún día se casará con él.

—Dentro de unos años te alegrarás de esto que estamos haciendo, Saba yan —dice su madre, decidiendo responder a alguna pregunta que nadie ha hecho—. Ya sé que las vecinas dicen que soy una mala madre, que os pongo en peligro por nada. ¡Pero sí que es por algo! Por más de lo que ninguna de ellas les da a sus hijos.

Enseguida están en el concurrido aeropuerto de Teherán. Su padre va delante, andando a paso rápido y enfadado.

—Mira lo que has hecho con nuestra familia —gruñe—. Mis hijas... —se detiene, se aclara la garganta y cambia de tono—. No, esta es la mejor manera, la más segura. Sí, sí. —Y sigue adelante con el equipaje. Saba nota que su madre le está apretando la mano.

Ella hace meses que no ha estado en Teherán. Cuando la República Islámica empezó a hacer cambios, su familia se trasladó de forma permanente a la gran casa que tienen en el campo: en Cheshmeh, un pacífico pueblo donde se cultiva arroz, donde no hay manifestaciones, ni muchedumbres enfurecidas tomando las calles, y la gente confía en la generosa familia Hafezi, de hondas raíces en el lugar. Aunque algunos pueblos, con su aterradora jus-

ticia de los mulás, son más peligrosos para una familia cristiana que las ciudades grandes, en Cheshmeh no los ha molestado nadie, porque los conservadores y esforzados campesinos y pescadores del norte no atraen la atención de los *pasdares*, y porque el padre de Saba es lo bastante inteligente para mentir, para untarles de aceite el pan a los vecinos curiosos abriéndoles sus puertas a los mulás y a la gente del pueblo. Saba no entiende qué es lo que les fascina tanto de su familia. Reza solito le parece más interesante que todos los Hafezi juntos, y lleva viviendo en Cheshmeh los once años que tiene. Es más alto que los otros niños, tiene los ojos grandes y redondos, acento del pueblo y una piel cálida que ella ha rozado dos veces. Cuando se casen y se vayan a vivir a un castillo en California con Mahtab y su marido rubio estadounidense, le acariciará la cara todos los días. Tiene la piel aceitunada, como los chicos de las películas iraníes antiguas, y le encantan los Beatles.

En el aeropuerto, Saba ve de lejos a Mahtab.

—¡Ahí está! —grita, y se suelta de un tirón de su padre y corre hacia su hermana—. ¡Estamos aquí, Mahtab!

Y ahora llega esa parte en que el recuerdo se nubla de tal forma que no es más que un etéreo mosaico de destellos fugaces. Es un hecho aceptado que, en algún momento de ese día, su madre desaparece. Pero Saba no recuerda en qué punto de la confusión de controles de seguridad, controles de equipaje e interrogatorios de los *pasdares* ocurre eso. Solo recuerda que unos minutos más tarde ve a su hermana gemela al otro lado de la sala (como un reflejo escapado de un espejo de un viejo libro de cuentos de miedo), agarrada de la mano de una mujer elegante con un gabán azul, una gruesa prenda exactamente igual que la que lleva su madre. Saba saluda con la mano. Mahtab le devuelve el saludo y se vuelve para otro lado como si no estuviera pasando nada.

Cuando ve que Saba se echa a correr hacia ellas, su padre intenta sujetarla. Grita. «¡Para! ¡Para!» ¿Qué está ocultando? ¿Está molesto porque Saba lo ha descubierto?

—Para, Saba. Solo estás cansada y confundida —le dice. En los últimos tiempos, mucha gente intenta ocultarle cosas diciéndole que está confundida.

Qué bromas tan crueles le gasta a la mente la memoria: como una película cuando se le sale la cinta y se la vuelves a meter, que no se ven más que unas pocas imágenes indescifrables. La siguiente escena da en cierto modo la impresión de estar fuera del lugar que le corresponde: en algún momento, su madre vuelve (por más que un minuto antes le estuviera dando la mano a Mahtab). Le coge a Saba la cara con dos dedos y le promete tiempos maravillosos en Estados Unidos.

—Ahora, por favor, solo estate callada —le dice.

Entonces un *pasdar* de un control de seguridad les hace a sus padres una retahíla de preguntas.

—¿Adónde van? ¿Para qué? ¿Cuánto tiempo van a estar? ¿Van todos los miembros de la familia? ¿Dónde viven?

—Van mi mujer y mi hija solas —dice Agha Hafezi: una sobrecogedora mentira—. Solo unos días, de vacaciones a ver a unos parientes. Yo me quedo aquí esperándolas.

—¡Mahtab también viene! —se le escapa a Saba. ¿Lleva el *pasdar* un sombrero marrón? No puede ser. Los *pasdares* siempre llevan gorra. Pero en el recuerdo siempre se materializa el mismo sombrero marrón.

—¿Quién es Mahtab? —ladra el *pasdar*, de un modo que da miedo se tenga la edad que se tenga.

Su madre deja escapar una risita incómoda y dice lo más espantoso de todo:

—Es el nombre de su muñeca.

Ahora Saba lo entiende. Solo va a ir *una* de las hijas. ¿Están pensando en llevarse a Mahtab en lugar de a ella? ¿Es por eso por lo que la han mantenido apartada todo este tiempo? Al ver que empieza a llorar, su madre se inclina hacia ella:

—Saba yan, ¿te acuerdas de lo que te he dicho? ¿Lo de hacerse fuerte como un gigante ante las dificultades? ¿Tú crees que un gigante lloraría delante de toda esta gente?

Saba sacude la cabeza. Su madre le sujeta otra vez la cara con las manos y dice algo lo bastante altisonante para consolarla:

—Tú eres Saba Hafezi, una chica afortunada que sabe leer en inglés. No te pongas a llorar como una campesina, que no eres ninguna pequeña cerillera.

Su madre detesta ese cuento de una niña desamparada de la calle que malgasta las cerillas en invocar espejismos en lugar de encender un fuego para calentarse.

No eres ninguna pequeña cerillera. Eso es lo último que Saba recuerda de ese día. En un abrir y cerrar de ojos, su madre desaparece y hay un revoltijo de otras imágenes que Saba no es capaz de explicar. Se acuerda de un velo verde. De un hombre con un sombrero marrón. De su madre apareciendo por entre los controles y las puertas. De sí misma alejándose a la carrera de su padre, persiguiendo a Mahtab hasta la ventana que da a los aviones. Cada una de esas imágenes está cubierta de una capa de difusa incertidumbre que Saba ha aprendido a aceptar. La memoria es una cosa resbaladiza. Pero hay una imagen clara y cierta, y no hay argumento que la pueda convencer de lo contrario. Es esta: su madre con un gabán azul (después de que su padre afirmara que la había perdido en la confusión de los controles de seguridad) embarcando en un avión para Estados Unidos, de la mano de Mahtab, la gemela afortunada.